

LO BIOLOGICO Y LO SOCIAL EN LA FILOSOFIA DE LA SALUD DEL HOMBRE

*Ana Luisa Velandia de V.**

La Salud del Hombre, un Problema Filosófico

La filosofía es, en primer término, concepción del mundo. Con este término entendemos no simplemente la suma de criterios acerca del mundo, sino cierta representación íntegra del mismo, que incluye: esclarecer el lugar del hombre en el mundo, así como la orientación de su actividad o los principios programáticos esenciales de su actitud consciente hacia la realidad.

A diferencia de otras formas de concepción del mundo (mitológica, religiosa, etc.) la filosofía cumple su función conceptual basándose en la actitud teórica hacia la realidad, contraponiendo el antropomorfismo de la mitología a la idea del mundo como campo de acción de las fuerzas impersonales objetivas, por una parte y a lo tradicional y natural del mito, la búsqueda y la elección consciente de las representaciones asentadas en criterios lógicos y gnoseológicos, por otra (1).

* L.E., M.A., Ph. D. Profesora Asociada, Facultad de Enfermería. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Ahora bien, los logros de la civilización y del progreso social no sólo se reducen a los resultados de la actividad humana. Además de cambiar las condiciones materiales de vida y de perfeccionarse las relaciones sociales, también cambia el propio hombre.

Las reservas del organismo humano, la estructura ya formada de las características psicológicas y sociales (personales) no siempre dan alcance a los cambios de estas condiciones externas. Las contradicciones que surgen en este caso inciden directamente sobre la salud, sobre los índices cuantitativos y cualitativos de morbilidad de la población, sobre los procesos demográficos y el desarrollo físico. Varias ciencias los estudian, pero aparecen muchos problemas de orden científico y práctico, cuya elaboración será prometedora sólo en la convergencia de diferentes ciencias, de la ciencia y la práctica. Con ello está vinculada, en particular, la creciente importancia de las cuestiones filosóficas fundamentales, o más exacto, de las cuestiones sociofilosóficas y conceptuales de la salud del hombre.

Son amplias y diversas: se trata de la norma y la patología de las formas de la vida humana; de la estructura psicológica del individuo y los mecanismos de su formación; de la unidad dialéctica de lo social y lo biológico en el hombre, de la interacción de lo somático y lo psíquico.

Se hace cada vez más evidente que las medidas que sigan tomándose para fortalecer la salud del hombre dependen del cumplimiento de los programas de salud ya existentes o que se proponen y que reflejan los adelantos de las ciencias de la salud, pero también dependen de la puntualización de las representaciones acerca de lo que es en realidad la salud del hombre, no sólo enfermo, sino también "sano", en el sentido y en la concepción de que este hombre es capaz de cumplir las funciones socialmente útiles.

Entonces no deja lugar a dudas ni la necesidad de puntualizar constantemente en el propio proceso de la evolución del hombre, con la consiguiente transformación de la salud (tanto en la ontogénesis como en la filogénesis) ni la posibilidad de realizarlo aprovechando toda la experiencia social y los logros de la ciencia.

Cuando se razona sobre las perspectivas del desarrollo de la sociedad humana y la elevación de la calidad y el perfeccionamiento del modo de vida del hombre moderno, es imposible pasar por alto o menguar la importancia que reviste la cuestión: qué es la salud del hombre, a la luz de las condiciones actuales de vida y actividad, como resultado de las condiciones naturales y artificiales de vida radicalmente modi-

ficadas, de ese hombre que posee, por supuesto, esencia social, la cual está también en alto grado determinada por su estructura biológica.

El problema de la salud, entendida como característica cualitativa del hombre, como evaluación social del individuo, arranca de que "la vida consiste precisamente ante todo, en que un ser sea al mismo tiempo, en el mismo instante, el que es y otro"*. De este modo, la salud se presenta, dijérase, como uno de los parámetros estrictamente dialécticos de la vida, en el cual "la negación de la vida... contenida en esencia en la vida misma... la vida se considera siempre en relación con su resultado necesario, la muerte, contenida siempre en ella, en germen"**.

La salud es la existencia pletórica, de cuyo resultado la vida y la actividad del hombre son percibidas por él como autodesarrollo natural de las características y cualidades esenciales, propias de él. Es conocida la definición dada por Marx a la enfermedad: La vida constreñida en su libertad.

Por otra parte, la salud es un concepto integral y no puede ser marginado de la concepción filosófica del hombre, según la cual el hombre es resultado de la evolución biológica y social y como producto de esta evolución, debe estar adaptado en forma óptima a las condiciones naturales de la vida y la cultura –Esta "segunda naturaleza"– creada por él.

Cuando los filósofos llegaron a comprender al hombre como ser que crea y construye, se interrogaron reiteradas veces sobre qué relación existe entre la salud y la actividad, cuál es el carácter del nexo causal en este sistema, de qué modo la salud incide sobre la producción y la creación, fortalecen las últimas la salud o, por el contrario, la debilitan y la hacen perder.

Las respuestas también eran distintas y esa diferencia, expresada en formas mitopéticas, religiosas y filosóficas no sólo reflejaba el nivel de desarrollo de una u otra formación social, sino también la medida del espíritu humano, enlazado indisolublemente con la salud. En todas ellas, penetradas de énfasis optimista de diferente tensión, ese retorno a la naturaleza se entendía en forma de cierto ideal. Claro que los ideales de esta categoría tenían matices teológicos –sino en modo directamente expresado, al menos con cierta parte de matiz idealista– y la salud del hombre se enlazaba sin falta con la obra divina y la voluntad de Dios.

* F. Engels. Anti-Dühring. La Habana, 1963, pág. 147.

** F. Engels. Dialéctica de la naturaleza. Buenos Aires, 1975. pág. 235

Se estila considerar que los modelos de cultura elaborados en la época grecorromana reflejaban del modo más pleno la armonía del hombre y la naturaleza. Ya en aquella época se conformaba la representación de que el nivel de cultura y de conciencia individual y social es un factor importante del progreso social en todas sus formas generales y además, un regulador bastante real y eficaz de la génesis y el desarrollo de unos y otros procesos que inciden sustancialmente sobre la esencia de la salud del hombre. Ya entonces la sociedad manifestaba preocupación concretamente expresada por la salud de sus miembros. Por ejemplo, no eran aprobadas las obras que llegaron al grado máximo de incidencia sobre el estado mental de la gente. Por eso, Frínicos, autor de: La Toma de Mileto, fue multado y hubo de pagar mil dracmas porque en las representaciones de su obra los espectadores lloraban amargamente.

No es probable que la sociedad moderna, supuestamente preocupada por la salud de sus miembros, considere algo semejante. Por el contrario cierta producción de su "cultura masiva" altera realmente el estado psíquico de las personas, especialmente de los jóvenes. El cine de horror, el culto de la bajeza del alma humana, la propaganda de la violencia son un creciente factor de perturbaciones psicógenas (2).

Por su parte, el marxismo considera al individuo como sistema bio-social. La concepción marxista arranca de la unidad del hombre y la naturaleza y se basa en la comprensión materialista de que el hombre es un ser natural. Pero ese ser no es meramente parte de la naturaleza, sino su producto superior, ya que en el desarrollo evolutivo del mundo orgánico, el organismo humano constituye el nivel superior de organización biológica. Con la aparición del hombre, en el desarrollo del mundo aparece una nueva cualidad completamente nueva: la vida social. Lo que caracteriza a la personalidad son ante todo sus cualidades sociales y no las biológicas. Tanto en el desarrollo histórico del hombre, como en la formación de un individuo concreto, éste no recibe de nacimiento, en virtud de su naturaleza biológica, sus cualidades determinantes, sino que va adquiriéndolas en el curso de su vida, estudio y trabajo, en un mundo transformado por numerosas generaciones. Por ello, el ser humano es inconcebible fuera del medio social (3).

En la vida social los hombres no se revelan como seres biológicos, sino como seres sociales. La singularidad principal de las relaciones sociales, a diferencia de las naturales, radica en que se configuran sobre la base y en dependencia de la actividad de los hombres en la producción. Además, la posición del hombre en la sociedad no se determina por sus dotes naturales, sino por la pertenencia a una u otra clase o grupo social, por la relación en que se halla respecto de los medios de producción, por

el lugar y papel que desempeña en el proceso de producción y organización del trabajo, por su parte en la distribución del producto social, es decir, por la magnitud de los bienes materiales que recibe (4).

Naturaleza Biosocial del Hombre

El problema del hombre y de las múltiples manifestaciones de su esencia apareció junto con el hombre. Surgido en los albores de la historia como producto de la conciencia –aún incipiente– del hombre primitivo, el problema fue desarrollándose y fue modificándose sin cesar, en consecuencia con las condiciones socioeconómicas de vida de la sociedad y va adquiriendo cada vez más significación universal. "Conóctete a ti mismo", lema de los antiguos, suena en nuestros días no sólo como emocionante necesidad de autoconciencia del individuo y como problema heurístico de las ciencias naturales y la filosofía, sino también como imperativo categórico social.

Evaluando el alcance de este problema, debemos partir del postulado incuestionable de que en nuestra época el hombre se ha convertido en auténtico dueño de nuestro planeta y en soberano, con plenos derechos, de los destinos y la vida en el mismo.

Para desarrollar el problema en cuestión tiene importancia de principios, a nuestro juicio, no sólo el correspondiente pertrechamiento científico-natural, es decir, que en el análisis se emplee el material científico adecuado, sino también la base materialista dialéctica precisa de investigación.

Una de las mayores complejidades en el conocimiento de la esencia del hombre es que éste, dado que es un ser bio-social evoluciona bajo el control del componente social y del biológico de la vida, en su interacción conjunta. La unidad internamente contradictoria y la interacción de las formas biológica y social de organización manifiesta en forma muy específica en las diferentes etapas de evolución histórica de la humanidad y del desarrollo individual de cada hombre.

Nadie pondrá en duda que el hombre, como cuerpo sensitivo natural, es producto de la evolución de la vida en nuestro planeta. A título de tal está dotado de todos los atributos de la vida: autorregulación, metabolismo, mutabilidad y heredabilidad.

A la vez, el hombre adquirió en el camino evolutivo varios rasgos específicos, inherentes sólo a él, de organización biológica, que condicionó enormes posibilidades para el desarrollo progresivo, negadas a otros representantes del mundo animal. En una etapa determinada de la evolución, sobre la base de la organización biológica específica del hombre surgió la forma –también específicamente humana– de la organización social de la vida: el trabajo, la producción y las relaciones de producción de los hombres, que determinaron el curso posterior de su historia y por último, dieron vida a la civilización contemporánea.

Desde que la evolución biológica del hombre generó su forma social de vida, el hombre, como objeto de la historia y miembro de la colectividad laboral humana, dejó de ser un ser puramente biológico. La forma biológica de su organización corporal y psiconerviosa entró en contacto con las condiciones y los requisitos de la vida social. Desde ese instante histórico, el hombre, como individuo, comenzó a desarrollarse bajo el control conjunto de programas en constante interacción: biológico –surgiendo en el proceso de la evolución del hombre y de sus antepasados– y social –formado sobre un determinado fundamento biológicamente preparado, que adquirió enorme fuerza, cada vez mayor en el curso de desarrollo de la humanidad. De este modo pasó a ser no sólo producto de la vida biológica, sino también de lo social, es decir, adquirió naturaleza bio-social–.

Se sobreentiende que la naturaleza biosocial del hombre excluye la posibilidad de que sólo se lo examine como individuo biológico. Al criticar el materialismo antropológico de Feuerbach y el principio de la autoalineación religiosa del hombre, que sostenía este filósofo, Marx formuló su célebre tesis, según la cual "la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales"*.

¿Implica la tesis de Marx que se separa al hombre de su base natural? No, por supuesto y el marxismo responde a ello con toda precisión y sin equívocos: "El hombre es, en forma inmediata, ser de la naturaleza. En calidad de ser natural y de ser natural vivo, por una parte está provisto de fuerzas naturales, de fuerzas vitales; es un ser natural activo, estas fuerzas existen en él en forma de disposiciones y actitudes, en forma de inclinaciones.

Por otra parte, en calidad de ser natural, de carne y hueso, sensible, objetivo, es de un modo parecido al de los animales y las plantas, un ser pasivo, dependiente y li-

* Carlos Marx.. "Tesis sobre Feuerbach". C. Marx, F. Engels. Obras escogidas en tres tomos. Moscú, 1976, T. 1, pág. 9.

mitado; vale decir que los objetos de sus inclinaciones existen al margen de él, como objetos independientes de él; pero esos objetos... indispensables, esenciales para el desempeño y la confirmación de sus fuerzas esenciales"*.

.Reconocer la naturaleza biosocial del hombre significa reconocer la unidad de lo social y lo biológico en la naturaleza del hombre, como individuo y la personalidad en el sistema de la sociedad. Esta unidad se lleva a cabo y se manifiesta fundamentalmente en que las formas y normas de la conciencia social, determinadas por la forma de la producción social y la ideológica de la clase dominante, son percibidas y realizadas de distinto modo en concepto de fuerzas esenciales en la práctica social de cada individuo, según sean sus fuerzas naturales, disposiciones, actitudes e inclinaciones. Así pues, tanto la biologización como la sociologización del hombre en concepto de individuo en su absoluto son impropias, en igual medida, como punto de partida para investigar y comprender su esencia**.

.La etapa clave en la formación del "homo sapiens" como ser biosocial fue la socialización del hombre, surgida sobre la base biológicamente preparada, su transición a formas de organización conjuntas de vida, distintas cualitativamente a las de sus antepasados homínidos.

Se sobreentiende que en dicha fase de su historia el hombre apareció como especie que poseía ya un inmenso volumen de diversidad hereditaria respecto de todas sus características morfo-fisiológicas, incluidas las psiconerviosas; esa era la premisa y la condición "sine qua non" para el rápido desarrollo del hombre como ser de naturaleza biosocial.

Con el correr del tiempo fueron intensificándose cualidades tales como la facultad de aprender, de percibir y transmitir la experiencia de la vida de las generaciones precedentes, de autorregular y entrenar enormemente el comportamiento. Sobre esta base surgió la autoconciencia del individuo como miembro de la colectividad y luego, poco a poco, la razón como cualidad únicamente humana.

En las condiciones de la vida social, o sea, en la fase de la evolución biosocial, también se desarrolló otra cualidad del individuo: el altruismo, facultad de sacrificarse por los intereses del próximo y de toda la sociedad. El altruismo es, sin duda, un exponente de la facultad del hombre de autorregular el comportamiento y su significado social es inmenso.

* Carlos Marx. Manuscritos de 1844 (Economía política y filosofía), Buenos Aires, 1968. págs. 201-202.

** Al respecto véase I.T. Frolov. Las perspectivas del hombre. Moscú, 1979. (En ruso).

Thomas Hunt Morgan, fundador de la teoría cromosómica de la herencia, apreciando la inmensa significación del proceso de formación del comportamiento humano, indicó que en el hombre hay "dos procesos de herencia: uno por medio de la continuidad física de las células terminales y el otro a través de la transmisión de la experiencia de una generación a otra por medio del ejemplo, del lenguaje hablado y escrito"*. Una de las tareas primordiales en el estudio de la esencia del hombre y las perspectivas de su futuro es, a nuestro juicio, llegar a comprender la indisolubilidad de la interacción de lo social y lo biológico en la naturaleza biosocial única del hombre, la dinámica histórica de dicha interacción y de sus manifestaciones concretas en las diferentes etapas de la historia humana y en la época contemporánea (5, 6).

Por mucho que dependan el uno del otro, lo biológico y lo social son diferentes esferas del ser, en las cuales rigen regularidades específicas. Negar los fenómenos, niveles y esferas del ser, cualitativamente singulares, es tan inconsistente y tan peligroso como no comprender la unidad del mundo, la interconexión de todos los fenómenos, la sucesión y las transiciones mutuas de las diferentes formas de movimiento de la materia.

Más si hablamos del problema de lo biológico y lo social, implica que es necesario encontrar en la propia realidad el modo de interacción concreto y existente de ambas esferas, en el cual, primero, no se identifiquen una con la otra y segundo, no se desliguen una de la otra. En otros términos, es preciso dilucidar la especificidad de cada una de estas dos esferas del ser y al mismo tiempo, la sucesión, la interconexión y transición mutua entre ellas. Esto debe hacerse respecto a todos los aspectos del problema integral y variadísimo de lo biológico y lo social. Ante todo, se trata del caso en que la conjugación de lo biológico y lo social aparece en una u otra correlación en algunos hechos del comportamiento humano.

El marxismo rechaza rotundamente la biologización de los fenómenos sociales, porque son las regularidades sociales las que determinan en plena medida el "comportamiento" de las clases, las naciones y de todos los grupos sociales de hombres, sin excepción. Mas esto no excluye la necesidad de investigar la correlación de lo biológico y lo social en el hombre como individuo. Y en ese caso tampoco se puede retroceder a ninguna forma de social-darwinismo y en general, de biologismo de distinta índole. Para nosotros es una verdad inconclusa que el hombre es producto

* Thomas Hunt Morgan. The Scientific Basis of Evolution, New York, 1932. pág. 203. (Citado por Beliaev).

de la sociedad, es un ser social y que las condiciones sociales son determinantes en su desarrollo, comportamiento, etc. Pero también estamos en contra de las representaciones simplificadas de que no existe determinación alguna de la existencia del hombre. El hombre es un ser social y al mismo tiempo, parte de la naturaleza, es así mismo un ser biológico.

Marx determina este tipo fundamental de interacción de lo biológico y lo social en los siguientes términos: al modificar en el proceso de trabajo la naturaleza exterior, el hombre "al mismo tiempo... modifica su propia naturaleza"*. Dicho de otro modo, la propia naturaleza del hombre es producto de la historia. Esta tesis clásica de Marx es incompatible por principio con cualesquiera diversidades de la interpretación dual de la correlación biológico-social en el hombre. En esta formulación, breve pero enjundiosa, Marx expone la auténtica dialéctica de la interacción de ambas esferas del ser. En el curso de la actividad social, el hombre justamente modifica, pero no anula ni elimina en sí lo natural, lo biológico. Gracias a ello, la interacción y la sucesión entre lo biológico y lo social no desaparece, sino evoluciona históricamente. Unidad verdaderamente real de uno y otro, pero no identidad, existe ante todo, en la actividad laboral, es decir, social por su esencia, de los hombres (4).

En el hombre, lo social no se contrapone a lo biológico ni emana de ello. En cada generación y en cada hombre la vida social no crea de nuevo la naturaleza humana, sino desarrolla las características biológicas específicamente humanas, socializadas en el proceso de la antropogénesis. Por tanto, el estado social del hombre resulta ser su estado natural.

El hombre se distingue por su naturaleza social integral, dentro de la cual los fundamentos biológicos poseen valor supeditado.

La personalidad es la expresión concreta de la esencia del hombre, es la integración, realizada de un modo determinado en el individuo, de los rasgos socialmente significativos y las relaciones sociales de la sociedad concreta.

Las relaciones económicas, sociales, ideológicas y políticas de un tipo de sociedad históricamente concreto se refractan y manifiestan de distinto modo, determinando el contenido y el carácter de la actividad social práctica de cada hombre.

* C. Marx. *El Capital*. Buenos Aires, 1973. T.I., pág. 187.

Las relaciones sociales se refractan a través de su estado interno y se revelan en su actividad, a modo de actitud personal hacia la realidad circundante.

La cualidad social del hombre es un conjunto de elementos ligados entre sí de un modo determinado y condicionados por el tipo de interacción social del individuo con los otros hombres en condiciones históricas concretas.

La premisa teórica y metodológica de partida de la tipología social del individuo es el concepto de formación social. El camino que va del análisis de la formación social hacia el análisis de la personalidad, la reducción de lo individual a lo social permite desentrañar en el individuo lo sustancial, típico, lo que se forma lógicamente en el sistema histórico concreto de las relaciones sociales y en el marco de una clase o grupo social determinado.

La interacción del sistema social y el sistema del individuo presupone que existen mecanismos con los cuales sobre el individuo inciden las cualidades sociales de otros individuos y del sistema social en su totalidad, como también mecanismos de influencia inversa. El primer grupo consta de los mecanismos de socialización del individuo, el segundo, de los mecanismos del cambio del sistema social.

Para comprender la acción de las leyes sociales es preciso penetrar en el mecanismo de su reflejo en la conciencia de los individuos, grupos sociales, clases, nacionalidades y de la sociedad en general.

La teoría del determinismo social de C. Marx parte de que el hombre es un ser activo. No simplemente reacciona (según sean sus singularidades individuales) a los estímulos del medio exterior, sino que en el proceso de la actividad práctica va conociendo tanto las regularidades objetivas del medio exterior como las del funcionamiento y desarrollo de sí mismo como hombre y en consonancia, organiza conscientemente su actividad social. El punto de partida de la determinación social son las condiciones objetivas de vida de los hombres que generan en ellos determinadas necesidades e intereses y éstos a su vez, forman unos u otros motivos de su actividad. Aquí tiene lugar un proceso de transición de la determinación objetiva a la subjetiva, debido a la acción de los mecanismos de motivación de la actividad social del individuo (el cual toma conciencia de las necesidades en forma de intereses) de los mecanismos de formación de la estructura dispositiva del individuo (transformación de los intereses del individuo en objetivo de su actividad) y de los mecanismos de comportamiento individual y relaciones del hombre, o sea, la realización de sus objetivos individuales.

La determinación objetiva y la subjetiva constituyen, en su unidad, la determinación social.

Las relaciones individuales y las relaciones sociales de los individuos no podrán comprenderse aisladas unas de las otras. La reducción de lo individual a lo social se opera tipologizando a los individuos, así como las condiciones y circunstancias en las que realizan su actividad.

Los mecanismos de transición de las relaciones del individuo a las sociales están condicionadas, fundamentalmente, por la interacción del sistema del individuo y el sistema social (7).

Implicaciones de la Interacción Sociedad-Naturaleza

El objeto del desarrollo social es ya el hombre mismo, el florecimiento de sus fuerzas creadoras y la transformación de un individuo "parcial" limitado y subyugado por la división capitalista del trabajo en un individuo armónicamente desarrollado y espiritualmente rico. La esencia humanitaria del marxismo consiste precisamente en que sirve de base teórica de las vías y formas necesarias para organizar lo más racionalmente la vida social, desarrollar armoniosamente al individuo y llegar a que el hombre domine las fuerzas de la naturaleza (3).

Es por ello, que en las dos últimas décadas los científicos soviéticos han estudiado en forma intensa los problemas teórico metodológicos de la interacción de las ciencias sociales, naturales y técnicas.

Sin embargo, los aspectos metodológicos de la interacción del saber social y ecológico, orientada a estudiar determinados problemas, por ahora están estudiados insuficientemente.

La necesidad de elaborar los métodos de interpretación social surge, ante todo, en el ámbito de la propia ciencia, por cuanto semejante interpretación de los datos que proporcionan las investigaciones ecológicas, es uno de los modos de su asimilación por la teoría del desarrollo social y sirve de instrumento para el desarrollo de la concepción marxista de la interacción sociedad-naturaleza.

Hablando en lenguaje filosófico, la interpretación social es una forma de reflexión motivada por los problemas ecológicos contemporáneos, de la conciencia social. Desde el punto de vista práctico, los métodos de interpretación social son una premissa necesaria de la política ecológica, que es justamente uno de los objetivos de ella.

El problema de la interpretación social del saber ecológico tiene premisas tanto sociohistóricas como cognoscitivas.

Las premisas sociohistóricas estriban en que, en el curso de la actividad laboral y de toda la actividad vital práctica del hombre en su hábitat (ante todo en el medio natural, pero también en el medio "artificial" creado por él mismo) han comenzado a manifestarse cambios que es preciso calificar como cambios de alcance social. La acumulación de esos cambios en el hábitat requería del hombre acciones determinadas.

Otra premisa histórica del surgimiento del problema que nos ocupa es el carácter de dichas acciones. En el curso del desarrollo histórico la humanidad ha reaccionado de manera distinta frente al surgimiento de semejantes cambios de carácter social.

Algunas investigaciones biológicas testimonian que el desarrollo social va acompañado de una determinada adaptación de la evolución biológica a la vida de la sociedad y que los sistemas biológicos pueden con ciertas modificaciones, existir y desarrollarse en medios netamente antropogénicos, si el hombre organiza debidamente dicho medio y su propia actividad en él.

Las premisas cognoscitivas radican en la organización actual de la ciencia y en las formas de su ligazón con la actividad vital de la sociedad. El problema de la interpretación social del saber ecológico es un problema del saber diferenciado por las disciplinas, así como de las relaciones que éste guarda con la igualmente diferenciada actividad práctica-productiva.

Hablando en términos generales, la interpretación social de los fenómenos de la naturaleza habría existido mucho antes de la aparición de la ciencia. La historia de la cultura humana, de sus formas domésticas, religiosas, folclóricas y otras, abunda en semejantes interpretaciones.

Tal tipo de ligazón entre el conocimiento y la acción tiene lugar también en la actualidad, cuando los efectos sociales de los fenómenos naturales son lo suficiente-

mente evidentes y univalentes. Por ejemplo, si el pronóstico del tiempo o de algunas anomalías naturales violentas (terremotos, huracanes, etc.) es suficientemente viable, sirve simplemente de "señal" para poner en acción un sistema ensayado de medidas sociales (los barcos cambian de rumbo, la gente se lleva a un lugar seguro, la siembra se aplaza, etc) (8).

Así, durante la revolución científico-técnica se plantea de un modo nuevo la complicadísima tarea de conjugar en forma óptima la actividad científico técnica y productora de la sociedad con los procesos que tienen lugar en la biosfera. Se acentúa la responsabilidad de la humanidad porque sea protegido el medio ambiente, por la conveniencia o no de hacer transformaciones en él, la responsabilidad por las consecuencias de esa actividad modificadora del planeta que pueden manifestarse no sólo en los próximos años, sino en la vida de las nuevas generaciones: de nuestros hijos, nietos y bisnietos (4).

Al hablar de la filosofía de la salud del hombre, no podemos pasar por alto el sentido mismo de la vida humana.

El enfoque marxista del problema ¿Para qué vivir? se apoya en el estudio de todo un conjunto de problemas científicos, sociales, ético-sociales y humanitario-morales que caracterizan los distintos, pero intrínsecamente interrelacionados, aspectos de la existencia biológica y social del hombre y de su esencia como "conjunto de las relaciones sociales".

La concepción marxista del sentido de la vida humana, parte ante todo, de que ésta tiene valor propio y es un fin en sí*.

Recordemos a E. Kant, quien escribió que: "Únicamente el hombre como ser pensante, que con su razón determina él mismo sus objetivos, puede ser el ideal de la belleza, el colmo de la perfección. Respecto al hombre... en cuanto ser moral, ya no se puede preguntar, para qué existe. Su existencia tiene en sí misma el fin supremo, al cual dentro de lo que está al alcance de sus fuerzas, él puede supeditar a toda la naturaleza...**.

Sin embargo, esta tranquila y genuinamente filosófica constatación, no se da, pues, de inmediato y cada persona pensante busca su respuesta a la pregunta sobre el sentido de la vida humana como su propia vida y ya luego, como vida genérica.

* V.P. Tugarinov. Sobre el sentido de la vida. Leningrado, 1961. (En ruso).

** E. Kant, citado por Frolov

Los aspectos sociales y filosóficos, ético-morales y humanitarios del problema de la vida, el envejecimiento y la muerte del hombre en su interrelación e intercondicionalidad, adquiere hoy una particular importancia.

En el mundo de hoy se registra un considerable envejecimiento de la población. En la clasificación adoptada por la OMS, la edad avanzada es un período entre 61 y 75 años para los hombres y 55 a 75 años para las mujeres, después de lo cual llega la vejez.

La prolongación de la vida humana puede plantearse, entonces como un objetivo científico y socialmente aceptado. Pero entonces surge la pregunta: ¿para qué lo necesitan el individuo y la sociedad?

Sin embargo, tal pregunta puede evitarse, si la propia vida es admitida como valor absoluto y autosuficiente. Por último, este problema puede resolverse espontáneamente en el curso del proceso histórico, que se expresa, particularmente, en la evolución de la esperanza de vida al nacer.

El derecho a la salud se convierte, en el plano social, en el punto de partida también para reafirmar el derecho a la vida: una vida cuanto más larga, cuanto más eficazmente se aprovechen todas las reservas biológicas del hombre y se reduzca al mínimo el efecto patológico de los factores propios del envejecimiento social precoz.

Han aparecido numerosos trabajos en los que se muestra que el nivel de funcionamiento del intelecto de un individuo, alcanzado hacia la edad madura, puede ser conservado hasta la profunda vejez.

Por supuesto, también estas propias motivaciones personales dependen en sumo grado de las condiciones sociales, pero ellas a su vez, ejercen un influjo inverso sobre éstas. Aquí también rige una dialéctica, que todavía es poco tenida en cuenta en los estudios gerontológicos.

Parecen entonces, fundamentados y atractivos los planteamientos gerontológicos de Davidovski, quien considera que "la longevidad y el consiguiente problema de una activa y creadora vejez es algo más real que la aburridora inmortalidad"*(9).

Finalmente se hace necesario plantear que a pesar de que incluso de la ya muy crítica definición de salud de la OMS, emana una deducción: La salud del hombre de-

* I.V. Davidovski. Gerontología. Moscú, 1966, pág. 272. (En ruso).

be examinarse también como problema social, lamentablemente, los argumentos a favor de elaborar el problema señalado, sus aspectos sociofilosóficos, conceptuales y metodológicos parten en gran medida, diríase, de la demostración a la inversa. Es decir, primeramente se analizan las causas (incluso sociales) que provocan las enfermedades y sólo después las que fortalecen la salud. Debido a ello, hoy no está todavía elaborado un rígido enfoque científico para "proteger" la salud de la población.

No obstante que desde Virchow sabemos que la salud del pueblo es un problema que concierne directamente a la sociedad y por lo tanto la sociedad tiene obligación de proteger y asegurar la salud de sus miembros. Su solución se basa inevitablemente en enfocar con criterio filosófico el problema de cómo llegar a la formación del individuo íntegro y desarrollado en todos sus aspectos (6).

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

- (1) LEKTORSKI, Vladislav y SHVIRIOV, Vladimir. La gnoseología y la concepción del mundo en el sistema del saber filosófico. Rev. Ciencias Sociales, 58(4): 33-48 Oct-Dic, 1984.
- (2) SMIRNOW, Igor. La salud del hombre, problema filosófico. Rev. Ciencias Sociales 67(1): 167-181, Ene-Mar, 1987.
- (3) SHALAIIEVA, Ekaterina. El individuo en la concepción de Carlos Marx. Socialismo Teoría y Práctica, 118(5): 31-36, Mayo, 1983.
- (4) FEDOSEEV, Piotr. Lo social y lo biológico en filosofía y en sociología. Rev. Ciencias Sociales, 33(3): 21-45, Jul-Sep, 1978.
- (5) BELIAEV, Dimitri. Problemas del estudio del hombre. Rev. Ciencias Sociales, 47(1): 69-85, Ene-Mar, 1982.
- (6) VELANDIA DE V., Ana Luisa. Análisis crítico de algunas tendencias filosóficas en salud pública y demografía. Trabajo de Promoción a Profesor Asociado. Universidad Nacional, 1983.
- (7) OSIPOV, Cuennadi. Las estructuras sociales y los individuos actuantes. Rev. Ciencias Sociales, 64(2): 51-58, Abr-Jun, 1986.

- (8) YANITSKI, Oleg. Interpretación social del saber ecológico. Rev. Ciencias Sociales, 53(3): 237-251, Jul-Sep, 1983.

(9) FROLOV, Ivan. Vida, muerte e inmortalidad. Rev. Ciencias Sociales, 56(2): 80-99, Abr-Jun, 1984.